



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 4.º — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

26 ENERO 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

SUMARIO.—Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Vestido *Médici* para salón.—Vestido para niño.—Vestido para niña.—Cuellos y puños de encaje para señora.—Traje completo para cazador.—Traje completo para niño de once años.—Capota para niña.—Corbata de cinta y encaje para señora.—Peinador príncipes para señora.—Cuerpo de abrigo.—Cenefa bordada en paño.—Relojera bolsillo.—Musiquero bordado.—Cubierta para acerico.—Caja para máquina de coser.—Tapete para mesa de juego.—

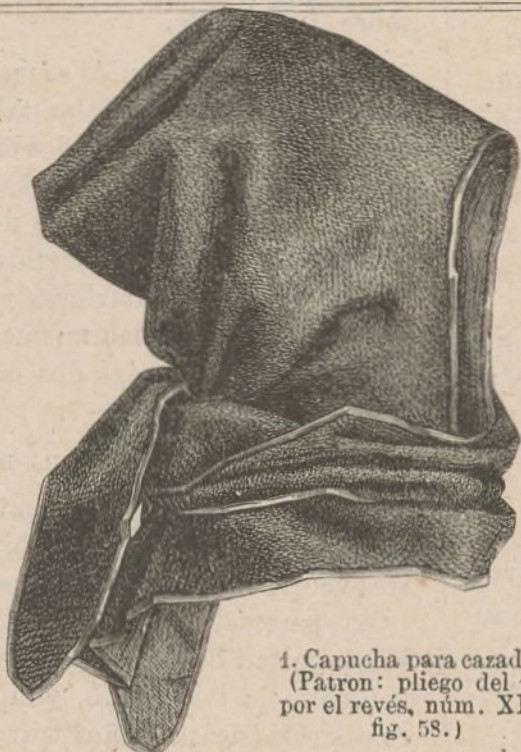
Nuestros patrones, por Emilia.—LITERATURA: Tristeza y esperanza, por el Dr. López de la Vega.—Amor y muerte, poema, por Acacio Cáceres Prat.—Usos, trajes y modales del siglo pasado, por T.—La más dulce bienvenida, por Aurora Pérez y Abela.—Mercedes, por José Rodríguez Mourelto.—El final de *Lucia Lamermoor*, por María del Pilar Sinués.—Variedades.—Explicación del figurín núm. 1.299.

EXPLICACION de los grabados..

1. CAPUCHA PARA CAZADOR.

(Patron: en el pliego por el revés, número XIV, fig. 58.)

El patron da las medidas exactas para esta capucha de paño ó bayeta parda, reuniéndose las dos mitades por detrás con una costura: una trencilla rodea el borde.



1. Capucha para cazador.
(Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XIV, fig. 58.)

2. CHALECO CON MANGAS PARA CAZADOR.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. XIII, figuras 52 á 57.)

El chaleco cierra por delante con botones y es de paño oscuro forrado de franela, con mangas hechas de crochet ó punto de aguja. También pueden hacerse los delanteros de punto sujetándolos á un patron, así como las mangas: la espalda se aprieta con una jareta, y en la tela se cortan las aberturas de los bolsillos y no en el forro, marcándolos con pespuntos en las dos telas.



3. Revés de la blusa núm. 4.



2. Chaleco con mangas para cazador.
(Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XIII, figs. 52 á 57.)

se saca otro (véase la flecha superior), y se sacan todos juntos, se vuelve á pasar la aguja por donde marca la segunda flecha y se saca otro punto, se hace uno de cadeneta y se vuelve á la señal*, alternando cada una de estas vueltas con uno de los dos tonos.

7. CENEFA BORDADA EN PAÑO.

Puede servir para almohadones ó tapetes, cuyo centro se llena con un motivo cualquiera ó unas cifras. Los contornos están hechos con lana marron sujeta con seda amarilla, sobre fondo azul, y los centros alternando el grana, el blanco y el negro. La cenefa exterior es una tira de paño grana sobre el paño azul con enrejado negro y amarillo.



6. Punto de crochet para pañuelos.

3 Á 5. BLUSA PARA CAZADOR.

(Patron: en el pliego por el revés núm. XII, figs. 48 á 51.)

Córtase la blusa muy larga de falda, en paño marron ó gris oscuro, y el núm. 3 muestra la disposicion interior y los bolsillos por el revés: el canesú se forra de percalina, y de la misma son los bolsillos, ofrecien-

do el patron de tamaño natural el cuello y canesú, y las otras piezas reducidas con signos para juntarse. Los bordes de adelante se sostienen con una tira de lo mismo, de 6 centímetros de anchura, y se abren los delanteros para los bolsillos y abertura de manga: el bolsillo superior



4. Blusa con canesú para cazador.
(Véanse los núms. 3 y 5.) (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XII, figs. 48 á 51.)



17. Cenefa bordada en paño.

8. CORBATA DE CINTA Y ENCAJE.

La vuelta del cuello tiene 42 centímetros de largo y es de cinta de 7 centímetros de anchura, en tres dobleces sujetos por puntos invisibles: el lazo es una cinta de 58 centímetros de largo fijada sobre tul y cruzada una punta sobre la otra, adornadas de un encaje rizado y entrelazado con la cinta.



5. Espalda de la blusa núm. 4.
(Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XII, figs. 48 á 51.)

9 Y 20. RELOJERA-BOLSILLO.

Un pedazo de cartón de 15 cents. de altura en el centro y 11 á las orillas por 6 de ancho, se forra de raso para el fondo, y un biés de raso azul se cose en la parte inferior, sosteniéndole del borde un alambre flexible pasado por una jareta. Un encaje blanco y puntillas hacia arriba adornan este borde y el superior del fondo, en el cual se suspende el reloj con un gancho.

10. MUSQUERO BORDADO.

La montura, de laca ó madera torneada, tiene 106 centímetros de altura por 47 cents. de ancho, conteniendo dos cuadros destinados á recibir las piezas de música, y con cintas de goma en las cabeceras que permiten abrirlos más ó menos á voluntad. Un cuadro de cartón forrado de raso llena el cuadro con un bordado encima en colores hecho con seda y aplicaciones de cretona, y en el centro un pedazo de seda blanco con signos negros de música. En nuestros pliegos de dibujos se hallarán infinitos modelos para el floreado.

11. ENTREDÓS DE CROCHET.

Dos trencillas Cluny unidas por una cadeneta y adornadas á los bordes por grupos de tres barras en un picot sí y en otro no, constituyen este adorno propio para cuellos de diario y ropas de niños.

12. PUNTO DE LANA PARA MITONES.

Sirve este punto para mitones, manguitos, cuerpos interiores, y su ejecución es á punto de faja, haciendo al comenzar las vueltas cinco siempre del revés como cenefa. Para miton se principia con 64 puntos y se trabaja en redondo hasta llegar al sitio en que ha de comenzarse el pulgar, el cual se comienza con dos crecidos y se continúa creciendo en una vuelta sí y otra no, y siempre en el punto anterior y posterior de los menguados hechos: cuando tiene el dedo bastante largo se juntan los dos menguados que vienen enfrente y se acaba el dedo en redondo y el miton lo mismo, reforzando estos cierres una cadeneta de crochet. Un bordado negro sobre color orilla los bordes.

13 Y 14. VESTIDO MÉDICIS.

(Patron: en el pliego del 18 por el derecho, núm. II, figuras 9 á 14.)

El traje que presentan los grabados recuerda la época que le da nombre, y es de raso y terciopelo cortado, ofreciendo el patron las medidas exactas para cortar la falda, forrada de linó y cortados en nesga los paños de atrás y adelante, mientras los del costado van al hilo y plegados hacia atrás ó hacia adelante, que de ambas maneras los presentan nuestros grabados, y planchados y sujetos. El cuerpo, de peto, cerrado con trencilla por detrás, es de terciopelo y de raso, la manga con adornos de las dos telas. La camiseta, plegada, de crespon liso, lleva un encaje en gola derecha.

15. GORRA PARA CAZADOR.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. XI, figuras 44 á 47.)

Esta gorra, de gran abrigo, se hace en paño y para el verano en cutí, siempre con visera y carrillera con hebillas. La caída de atrás se fija con botones indicados en el patron, y una tira de cuero defiende y sostiene por dentro el gorro, siendo del mismo las carrilleras.

16. CAPOTA PARA NIÑA.

Es de merino blanca guarnecida de cisne y con plegados y lazos de cinta de faya. El patron le ofrece el pliego por el derecho, núm. V, figuras 24 y 25, y por detrás ofrece el modelo el El Correo anterior, grabado 7.

17 Y 18. CUBIERTA DE ACERICO Ó CANASTILLA.

(Contornos: en el pliego por el derecho, fig. 34.)

Tiene esta labor 17 cents. de diámetro, y el bordado se ejecuta sobre tela blanca fina á punto de tallo y punto ruso. El núm. 18 ofrece el dibujo de la cenefa, que termina un encaje de hilo con un bordado encima del color del bordado de la cubierta.

19, 20 Y 41. VESTIDO PARA NIÑA.

(Patron del cuerpo: en el pliego por el derecho, número II, figuras 15 á 17.)

Materiales: lana céfiro, verde ruso, seda maíz, cinta igual.

El cuerpo de este modelo es de punto, y se monta á una falda plegada de cachemir verde de 22 cents. de largo

por 262 de vuelo, sujeta en una cintura estrecha. El cuerpo se ejecuta siempre á punto doble y se ajusta al patron. Antes indicado, menguando ó creciendo según el indica. El núm. 20 ofrece de tamaño natural el punto y cenefa, reforzando el escote con una cadeneta y lo mismo la boca-manga. El adorno son ondas de crochet á los dos bordes de una tira de barras, caladas por las que se pasa una cinta maíz. Un echarpe de faya verde anudado al talle y un galon verde y maíz en la falda completan el traje.

21. ABRIGO CON ESCLAVINA PARA NIÑA.

Es el mismo que presentaba por la espalda el núm. 7 de EL CORREO anterior, y en él iba la explicación correspondiente.

22. CAJA PARA MÁQUINA DE COSER.

Mosáico de madera.

Materiales: cartón, papel de seda marrón, casillas de paja.

El tamaño de la cabaña depende del de la máquina, á cuya medida se hará la caja de cartón, y el techo y las fachadas van enteramente cubiertas de paja, cosiendo cada uno de los frentes de la caja con aguja fuerte y seda, y lo mismo las dos mitades del techo después de cubiertas con el mosáico, que después de sumergidas en agua largo rato, las casillas de la paja se van cosiendo fácilmente al cartón unas sobre otras como las presenta el dibujo, siempre empezando por la base. Antes de colocarlas se limpiarán con agua caliente y cepillo, y después de cosidas las uniones se colocan las casillas de los ángulos y dos medias pajas figurando las chimeneas. Después de concluido se le dá uno ó dos baños de barniz copal y se forra por dentro de papel marrón.

23 Á 26. CUELLO Y PUÑOS DE ENCAJE.

23 y 24. El patron de este elegante cuello y puño redondo se halla en el pliego del 18 por el derecho, número VII, figuras 29 y 30.

Sobre un fondo de finísima batista se van disponiendo los entredós y puntillas de encaje, conforme muestran los grabados, no ofreciendo ninguna dificultad su ejecución.

25 y 26. Da el patron del cuello vuelto y el puño cerrado el mismo pliego del 18 por el revés, núm. VI, figuras 69 á 70.

27. TEJIDO EN BASTIDOR, PARA ABRIGO.

Puede emplearse para mil distintos objetos, explicando claramente el grabado su ejecución, ya por otra parte muy conocida. Se tienden hebras de lana y seda que se cortan en grupos por la mitad.

28. TAPETE PARA MESA DE JUEGO.

Es una preciosa labor de tapicería que ofrece suma novedad. En el número inmediato daremos su explicación.

30 Á 32. TRAJE COMPLETO PARA NIÑO DE ONCE AÑOS.

El pliego del 18 da los patrones exactos de la chaqueta: el chaleco y el pantalón en el núm. XV, figs. 62 á 68, y allí hallarán también nuestras lectoras su explicación.

33 Á 35. PEINADOR PRINCESA.

(Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. I, figs. 1 á 8.)

Puede hacerse de la tela que se quiera, aunque es preferible el cachemir. Al patron de tamaño natural dado más corto hemos añadido el croquis tamaño reducido, figuras 1 á 4, con las medidas exactas para completar el largo y el ancho. Puede cortarse el delantero con pinza en el pecho ó sin ella, en cuyo caso ciñe del talle y es preciso ajustarlo por medio de una costurita cosida por dentro en las costuras del costado. El cuello, vuelto, puede reemplazarse asimismo por un puño estrecho.

36 Á 38. CUELLO PARA NIÑO.

Los grabados 37 y 38 dan el dibujo de este lindo cuello, cuyo patron exacto se halla en el pliego del 18 por el derecho, núm. VIII, fig. 31.

39 Y 40. CUERPO DE ABRIGO PARA SEÑORA.

Materiales: 210 gramos de lana castor, agujas de madera y botones.

Es de dos tonos, gris ó castaño, y consiste en tres tiras rectas, 12 claras y una oscura, trabajadas por separado y unidas con un punto por encima, y la cenefa de crochet.

Las mangas son también de crochet. Se trabajan yendo y viniendo, dejando siempre el primer punto sin hacer, dos tiras claras de 21 puntos de ancho y 174 vueltas de largo, alternando 3 puntos al revés y 2 al derecho. Estas tiras componen los dos delanteros, continúan sobre los hombros, en donde se completan con la tira oscura que constituye la espalda. Esta tiene 15 puntos de ancho

y 80 vueltas de largo, y empieza y acaba con 3 puntos al derecho.

Para el escote de la manga se dobla cada tira clara á la mitad de su largo, y se reúnen punto por punto y á punto por encima sobre 28 puntos (26 vueltas) de altura. La manga, corta, se forma con una tira de crochet tunecino de lana oscura y 7 puntos de ancho, que cosida en redondo se monta lisa, guarneciendo el borde con picots de crochet. Una tira de 10 cents. de ancho, también de crochet, adorna la parte inferior del cuerpo. Los ojales se hacen á 7 vueltas de distancia el uno del otro.

JOAQUINA BALMASEDA.

NUESTROS PATRONES.

(Continuación.)

PARA FACILITAR LA REUNION ENTRE SÍ DE TODAS LAS PIEZAS DEL PATRON.

Cada pieza (que es una figura) lleva cifras que concuerdan exactamente con las de la otra pieza (otra figura), á la cual debe unirse de modo que la cifra 1 de una pieza (figura), deba ponerse sobre la cifra 1, marcada sobre la otra pieza (figura). De igual manera se juntan las letras iguales, por ejemplo: A. con A., B. con B., etc.

FORMACION DE LOS PLIEGUES.

Una X indica siempre el sitio que ocupa la parte superior del pliegue, mientras el sitio inferior va marcado con un ●

Para evitar las equivocaciones, si hay que hacer pliegues en diferentes parajes sobre el mismo patron, las cifras marcan la union de las cruces y los puntos, de modo que se fija cruz (X) sobre punto (●) cruz (X) sobre (●), etc.

Los pliegues sencillos se marcan alternativamente con cruces y puntos. Para las tablas sencillas ó dobles, el espacio que media entre dos cruces vecinas, forma la superficie de dicha tabla. Si hay muchas tablas seguidas, sucede muy á menudo que dos líneas exteriores se encuentran sobre el mismo punto, en este caso las dos cruces de las tablas exteriores y el punto en el intervalo, van marcados con las mismas cifras, de modo que por ejemplo: se reúnen las dos cruces que llevan las cifras 6 y 7 sobre el punto 6—7.

PATRONES DOBLADOS.

Los patrones que por su gran tamaño no es posible trazarlos enteros sobre el pliego, se doblan una, dos y hasta tres veces, según lo exijan sus dimensiones.

Las partes dobladas, lo mismo que las líneas que indican la mitad de un objeto que debe cortarse por entero, poniendo la tela doble, van designadas con una línea compuesta de pequeños trazos (---) y además por algunas palabras explicativas.

Hay dos maneras para sacar las partes dobladas de la hoja de patrones.

1.ª La parte doblada se calca por separado, y se corta añadiéndola después á la parte principal del patron, que se habrá calcado y cortado también por separado. Después de haber pegado las dos partes la una sobre la otra con algunas puntadas, y comprobado si están bien, se procede á cortar la tela sobre el patron que acaba de completarse.

2.ª Se calca primero la parte principal del patron, después de lo cual se calca sobre el mismo pedazo, y seguidamente la parte doblada, cuyos contornos, por este procedimiento, se hallan al lado opuesto de aquel en que ha sido calcada la parte principal.

Algunas suscriptoras nos han escrito preguntándonos si deben poner la tela doblada sobre las partes dobladas. Nada de eso. Esas partes dobladas no hay que buscarlas fuera del pliego, pues el patron está completo sobre él. Las partes dobladas van marcadas por líneas, como todo lo demás del patron, y las rayas (---) solo indican el lado por donde debe añadirse dicha parte doblada al trozo principal.

Por lo tanto, no nos cansaremos de repetir que primero deben sacar el trozo principal, después buscar las líneas que indican la parte doblada y cortarla también. Cuando se hayan sacado los dos pedazos se verá hacia dónde están las rayas (---) y por aquel lado se unirá la parte doblada al patron.

(Se continuará.)

EMILIA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administración, para recibirla franca de porte.



TRISTEZA Y ESPERANZA.

Entre las oscuras y sombrías nubes de la tristeza, no puede penetrar más que el rayo de la esperanza, que nace directamente de la fe completa de la salvación del alma, por la práctica constante de la virtud, único timbre de verdadera y legítima nobleza.

Iba por la solitaria playa de mis pesares, buscando una roca en que sentarme, para poder contemplar el murmurante mar, y de pronto una hirviente ola vino á azotarme la faz, casi envolviéndome entre su abundante espuma. Entonces me acordé de que habia estado más de una vez expuesto á un horroroso naufragio, y rogué á Dios que me salvase del impetu del mar.

Llegó la noche con sus enlutadas sombras, y ya no pude dirigir mi turbada vista al sol, porque éste se habia ocultado en el azulado seno de Occidente. La argentada arena de la playa parecia más bien la desmenuzada escoria de masas carboníferas, y el murmullo de las olas la respiración anhelosa de un tísico próximo á entregar su alma al Todopoderoso.

Entretanto iba acercándose un bote velero, apenas perceptible á través de las sombras que obstruían el espacio, y quise saber qué personas venían en él. Mas ¡ay! sólo llegó un pobre marinero, que al saltar en tierra tiró de la barca por una cuerda, y después sacó un ancla que clavó en la arena, dejándose luego caer como desfallecido. Acérqueme á él, causándole mucha sorpresa, y después de saludarle, le pregunté de dónde venía. Apenas pudo articular palabra; más me respondió que sus compañeros pescadores, en número de cuatro, habían perecido luchando con una horrible tempestad en no muy lejana costa. Lloró después, y me dijo que le acompañase á la cercana barraca de sus padres, en la que tomaríamos una frugal cena y nos acostaríamos á dormir. Porque á la verdad, añadió, si sois un pobre marinero como yo y no teneis donde pasar la noche, con buena voluntad os ofrezco que lo hagais en mi compañía.

Estaba yo sólo, separado del banquete de la dicha y despreciado de la sociedad. La soberbia y la ingratitud de otros seres crueles me habían obligado á buscar reposo lejos de mis verdugos.

Pasé aquella noche en un sueño de completa felicidad.

Con el marinero y sus padres recé el rosario y tomé una frugal, pero deliciosa cena, que me hizo recordar las que pasara con mis padres cuando era niño, y que desgraciadamente jamás podré disfrutar ya.

Al día siguiente, al asomar las primeras tintas del alba, nos levantamos todos y volvimos á rezar, dando gracias á Dios por habernos salvado de las tinieblas de la noche, para llegar á ver la luz del nuevo día.

Mi tristeza entonces pareció disiparse; pero al pensar en que aquella no era mi casa, no pude menos de llorar. Advirtiéndome el padre del marinero, y me preguntó por qué lloraba.

Yo respondí, que era porque tenia tristeza de verme sólo en el mundo. ¡Vos sólo! me dijo con sorpresa: sólo no está nadie, hijo mio; Dios está en toda parte y lugar, y Ese es nuestra mejor compañía. Adorémosle y pidámosle que no nos abandone. Aquellas palabras me infundieron una alegría indecible. Mi pecho sintió una fruición desconocida. Era el efecto de la esperanza, que se habia despertado en mí, infundiéndome valor para sufrir, trabajar y esperar.

Bendije á la Providencia, que vela por nosotros á cada instante, inspirándome valor para luchar con fe, para que nuestra alma no se pierda y lleguemos hasta el fin de nuestros días sin prevenciones.

Que el mundo no me comprenda; que la altanería y la soberbia me persigan, nada me importa.

La esperanza vive conmigo, por más que el secreto de mi vida es mi tristeza, revelada por lágrimas solitarias, expresión viva de un sentimiento que mis penas han engendrado dentro mí.

Mas yo te bendigo, esperanza divina.

Yo reconozco cuánto vales y que eres el sol que vivifica las almas, para no morir de tristeza á cada instante en este valle de peregrinación.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

AMOR Y MUERTE

poema.

POR ACACIO CÁCERES PRAT.

Fratelli á un tempo stesso,
Amore é Morte, Ingenerò la
sorte.

LEOPARDI.

I.

AMOR DEL ALMA.

Era del año la estación de amores,
Cuando la selva su dosel fabrica,
Y ábrense al áura las tempranas flores
Que el puro llanto matinal salpica.
¡Ay! con cuánta amargura

Recuerda el corazón tanta hermosura.

Por el sol en su ocaso iluminado,
Entre aromados búcaros floridos,
Un ángel bello del amor soñado.
De esos tan sólo para amar nacidos,
Cual flor entre las flores
Ostentábase allí, jera Dolores!

Nunca otra luz me deslumbró tan bella
Como la luz de sus hermosos ojos...
Era áura pura la sonrisa aquella
Entre las rosas de sus labios rojos;
¡Oh, faz idolatrada,
Criatura ideal por Dios formada!

Desde entonces, su vida fué mi vida,
Mis pasos caminar tras de su huella...
¡Ay! nunca mi alma en su dolor la olvidó;
Fué tanto nuestro amor, era tan bella,
Que entre eternos rigores
Hoy vivo al recordar muertos amores.

Nunca el amor la imaginó más pura,
Nunca con más pasión sintió mi alma;
Era el colmo quizás de la hermosura
La que á mi corazón robó la calma:
Alivio en mis enojos,
Ídolo de mi amor, luz de mis ojos!

¡Cómo olvidarla yo, cómo olvidarla,
Si era la vida de mi propia vida?
Cómo cual la adoré no he de adorarla
En el sepulcro en que su cuerpo anida,
En mi dolor profundo,
Ni esta mi vida es ya, ni este es mi mundo.

Lágrimas tristes de copioso llanto
Alivio son de mi dolor profundo;
De mi lúgubre lira el triste canto
Lanzo á la eternidad, no canto al mundo;
Es sólo para ella

La trova funeral de mi querella.

¡Oh mi vida, oh mi bien! cuánto me acuerdo
De aquellas horas por mí mal pasadas;
Hoy me siento vivir con su recuerdo,
Las quisiera dejar tan olvidadas,
Que si hoy vivo por ellas,
Muriera al olvidar horas tan bellas.

Cubierto de mortal melancolía
Ruégote hundido en la mansión del hombre,
Que á mi madre le cientes, virgen mía,
Cuánto á tu lado repetí su nombre;
Y á Dios rogado en calma
Una en el cielo vuestro amor mi alma.

¡Y en tanto vivo, de mi duelo en tanto,
Tu eterno sueño arrullaré despierto;
Oye del cielo mi sentido canto
Y haz que muy pronto para el mundo muerto,
Del duelo en los rigores
Deje al mundo el cantar de mis amores!

II.

VIAJE AL PARAÍSO.

Un día de verano sereno amanecía
Tendiendo por Oriente su mágico arrebol;
Las aves revolaban cantando al nuevo día,
Rompiendo al fin las nubes las ráfagas del sol.
Por la arenosa orilla del turbio Manzanares
De amor calenturiento tras de ingenioso ardor,
Oyendo de las aves los plácidos cantares,
A lomos de un caballo salíme de Madrid.
Las áuras perfumadas girando en torno mio,
Amores murmurando llevaban mi ilusión;
Las flores coronadas de perlas de rocío.
Pisaba sin romperlas mi rápido bridon;
Yo en tanto enamorado, fijándome en el cielo,
La gasa de una nube mirando deslizar,
Creía que era ella, que en amoroso vuelo
Flotaba por los aires en mi ilusión de amar.
Allá en las enramadas mecidas por el viento,

La lumbre de la aurora brillando en su interior,
Creía que era ella, porque en mi pensamiento
Purísima brillaba la lumbre de su amor.
Del árbol en las ramas al áura susurrando
El canto melodioso del pájaro gentil,
Creía que era ella, la voz que murmurando
Tralalalé en sus alas el céfiro sutil.
Y en tanto mi caballo cruzaba la llanura,
Herido por la espuela que hacíalo volar,
Los campos de Castilla perdíanse en la anchura,
Su cruz al fin mostrando la torre del lugar...

Un día de sus lares á la cerrada puerta
Llamando, abríome al canto la llave del amor;
Si hoy llamo á su sepulcro no he de encontrar abierta
La losa que le cubre... ¡Yo muero de dolor!

III.

EL PARAÍSO EN LA ALDEA.

¡Fértiles campos, deliciosa vega,
Soberbios montes de azuladas cumbres,
Claro torrente que sus faldas riega,
Dulces hogares de encendidas lumbres,
Sencillas flores donde el áura juega,
De la aldea feliz toscas techumbres,
Jardines del solaz, plácidas huertas
Que guardais de un amor las dichas muertas;

Pueblo soñado de tranquila vida,
Torres del templo, que se ven galanas,
Donde la fe del Redentor se anida
Y rezan con fervor las aldeanas;
Plácido valle que al amor convida,
Selvas oscuras, heredades llanas,
Zagales del lugar, alegres mozas
Que á las puertas cantais de vuestras chozas;

Melancólicas brisas otoñales,
Tempranas lluvias, renovadas fuentes
Que de claros y oscuros manantiales
Os volveis á surtir, mansos torrentes
Que formais al brotar limpios raudales
Murmurando al rodar por las pendientes,
Céfiro que los árboles despoja
Con raudos giros de las secas hojas...

De un castillo feudal en las ruinas,
Donde cantan los dulces ruiseñores,
Donde anidan las tristes golondrinas
Y se enreda la yedra en vez de flores;
En esas horas del amor divinas
Á su lado canté tiernos amores;
El sol poniente declinaba en tanto,
Su luz era de amor, de amor mi canto.

Cual miramos en torno enamorados
Las campiñas, ¡oh amor con que ahora sueñas!
Los viñedos y frescos arbolados,
Montes en rededor y ásperas breñas;
De flor cubiertos los alegres prados,
De blando césped las ríscas peñas,
Los seculares árboles floridos,
Do las aves de amor cuegan sus nidos;

El valle encantador de hermosas flores,
Cuyo aroma los céfiros perfuma,
En rápido volar cantando amores
Pájaros dulces de luciente pluma,
El arroyo sutil con sus rumores
Con lento murmurar rizando espuma,
Viendo el humo salir de las cabañas
De secas pajas y nudosas cañas...

De aquella vida los recuerdos canto
Aún al perfume del tronchado lirio;
Aquella vida de delirio tanto,
¡Ay! porque aquel amor era delirio;
Dejó el recuerdo manantial de llanto;
(Toda gloria al mortal cuesta el martirio);
¡Oh! hermosa vida la de aquella aldea,
¡Cual su recuerdo mi pasión recrea!...

(Se continuará.)

ACACIO CÁCERES PRAT.

USOS, TRAJES Y MODALES

DEL SIGLO PASADO.

El siglo XIX en que hoy vivimos ha ocasionado tal revolución en nuestros trajes, usos y costumbres, que es necesario para comprenderla haber visto u oído muy por menor el método de vida que observaban las gentes en el siglo anterior, que tuvo la fortuna de alcanzar.

Apénas un caballero se levantaba del lecho, ya se le estaba esperando para hacerle la barba (porque ningún español se afeita á sí mismo): esta operación era entonces más dilatada que en el día, en que dos tercios de cara se queda sin rasurar. En seguida de este afán co-

menzaba su oficio el peluquero, que no empleaba poco tiempo en batir, ensebar, freir, y empolvar la cabeza. Acto continuo principiaba el prolijo trabajo de vestirse, que no le finalizaban los más diligentes en menos de tres cuartos de hora: tantas eran las piezas de sus atavíos, y tantas las hebillas con que se ajustaban, desde la que apretaba el corbatin hasta las que sujetaban el calzado. Terminada por fin esta faena, nuestro hombre ceñía su espada, tomaba bajo el brazo su sombrero, y se encomendaba á Dios para arrostrar la intemperie á cuerpo gentil y la cabeza descubierta.



8. Corbata de cinta y encaje.

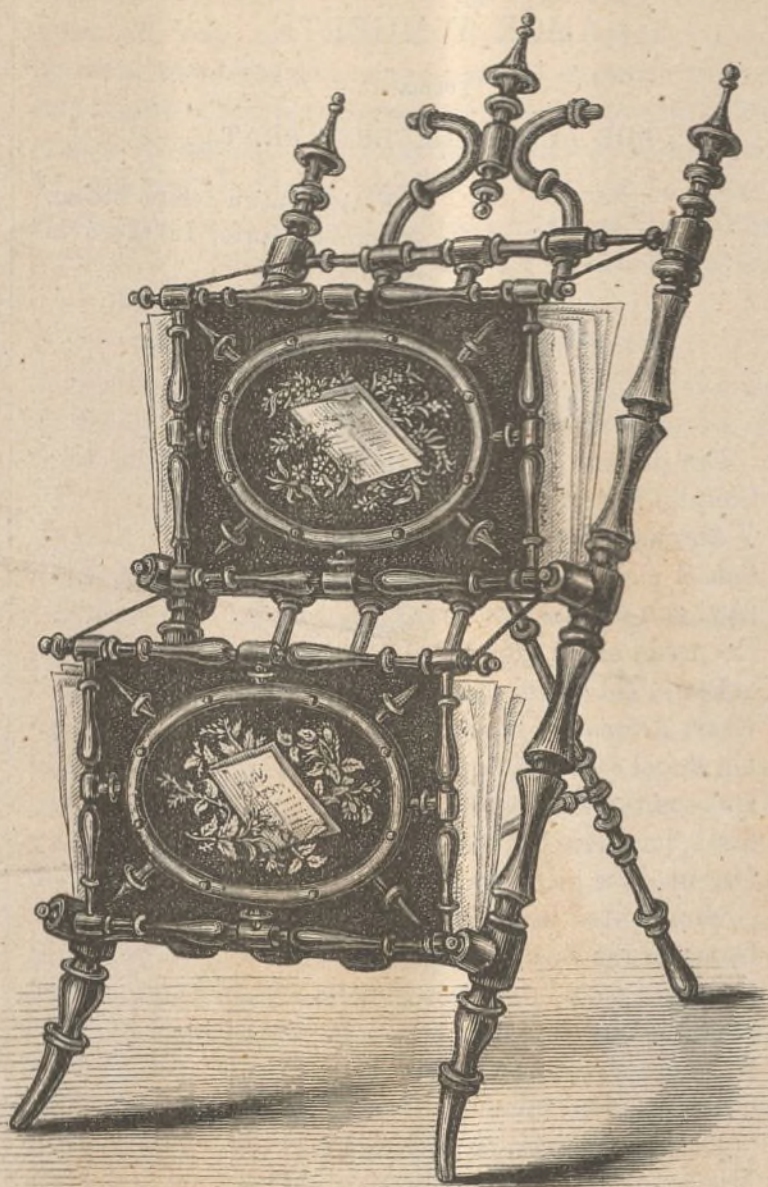
Si caminaba á pié era con suma precaución y tiempo, para librar del polvo ó de los barro la media de seda blanca y el zapato á la mahonesa. Conoció un militar que adquirió extraordinaria consideración y fama porque atravesaba á Madrid en invierno sin enlodarse. Y no era extraño que tal cualidad fuese envidiada, porque el correr calles no era empleo limitado como ahora á los que tienen agencias ó negocios. El más independiente de los hombres tenía los indispensables deberes de un ceremonial distribuido con tal exactitud y precisión, que no había días de holganza. Se daban pascuas tres veces al año; se felicitaba á todos en el día del Santo de su nombre y en el aniversario de su nacimiento. Faltar á una enhorabuena ó á una misa de parida era bastante para que dos familias se enconasen. El más corto viaje no podía emprenderse sin una despedida general, que tenía su paga al día siguiente, y se repetía á la vuelta con nombre de bienvenida. En las festividades de los Santos cuyo nombre más abunda, un extranjero que entrase en cualquier ciudad ó villa la hubiera juzgado envuelta en una conmoción política ó en un incendio. Las gentes todas corriendo azoradas se encontraban, se impelían gritándose y estorbándose.

Había infelices que se caían muertos de cansancio y despecho por faltarles el tiempo para acudir á peinar, calzar, afeitar y vestir á sus parroquianos. Tal era la sociedad en estas solemnidades. Pero hablemos de los días ordinarios. Á la una se co-



11. Entredós de crochet y trencilla.

mia, y se comía más que ahora, pero era necesaria más habilidad para saber comer que para saber ganarlo. Había unos cucuruchos de carton para adaptarse encima de los vuelos, porque era cosa sentada que el uso de las manos eran nulo mientras estaban rodeadas de tales adornos. Se habían inventado otras máquinas y preservativos para librar de manchas el bordado de la chupa y las vueltas del pecho de la camisola; pero ninguna de estas invenciones era tan complicada y



10. Musiquero bordado.



13 y 14. Vestido Médicis para salón. (Patrón: pliego del 13 por el derecho, núm. II, figs. 3 á 14.)

singular como las que había que usar para dormir la siesta, costumbre general y tal vez útil en nuestro clima. Yo vi al célebre Jovellanos boca abajo, sin tocar la almohada si no con la frente, para no descomponer los bucles.

Porque sólo á personas que no habían de concurrir despues á grandes tertulias les era lícito prescindir del peinado y recogerse el pelo en una redequilla. Estos salían embozados en una capa de grana, pero no más aptos para pasear en el campo, porque la media de seda y el escaquin no permitía salir de los caminos reales. Al fin, los hombres sentaban el pié, pero las damas elevadas sobre los tacones daban pasos peligrosos y parecidos á los de las gallinas cuando escarban. Oprimidas además por una cotilla cruel, ¿qué ejercicio podían hacer ni qué agitación eran capaces de resistir? Tan perpétua era en ellas la cotilla, que había madres de familia que criaban á sus hijos, dándoles el pecho por una pequeña trampa ó portezuela practicada en el peto de la cotilla misma, mientras las infelices criaturas, apretando su rostro inútilmente contra las inflexibles ballenas, buscaban el calor del seno maternal.

Había días de tres metamorfosis en los caballeros: Capa y cefia á la mañana: á lo militar despues, y á la tarde de majo para ir á los toros. Para tan dulce recreo mezclábanse entre la plebe los más graves personajes con montera malagueña. Y allí se divertían en silbar, ó se desganitaban á pedir perros. Los teatros (llamados corrales con mucha razón) no ofrecían mayor moralidad ni menos alboroto. El silencio, decoro y compostura lo tenía reservado la gravedad española para las tertulias.

Nada, en efecto, más grave y patético que un *refresco*. Las damas en el estrado forman un campo de batalla infranqueable que no daba otro signo de sensibilidad que el movimiento acompasado de los abanicos. En otra pa-



9. Relojera-bolsillo. (Véase el núm. 29.)

ralelase hallaban los señores, también colocados por el órden de clases, dignidades y méritos, como si allí se hubiesen reunido, no á solazarse, sino á escuchar la tremenda sentencia del valle de Josafat.

Nada de música, nada de baile, nada de conversación festiva ó interesante.

Solo los jugadores de naipes, colocados en medio de la estancia, tenían derecho á gritar y decirse baldones, marcar á porra-



12. Punto de lana para mitones.

zos en la mesa el número de sus triunfos. Pero estos eran piés fijos que jamás cedían su puesto, y cuya vida había sido un reversino de medio siglo. Concluida esta función, retiradas las familias á sus casas, empleaban tanto tiempo para despojarse de sus complicadas galas, como el que habían gastado en adornarse de ellas. Mientras que se desarmaba la cabeza de la dama, abatiendo el enorme erizon y escofeta, en la frente de su esposo se destruían baterías de



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2^a, II. Madrid.

rizos q
dones.
turna
siendo
do al v
larse,
volúm
existen
fisonom
mi des
La t
pacion
nuestr



19. V
niñ
(Patr

la se
pren
fórm
barc
que
yor
la pr
de p
la c
enca
dita
fora
prof
form
traje
mo
desa
com
far
cas
Tale
tes,
dill
país
El c
las
estu
aut
épo

U
pla
da
vol
sen
can

su
son
es
ce

pe
ál
ev
hi

rizos que se envolvían en algodones. ¡Cuántas de estas nocturnas sobremesas presencié siendo niño, admirado y afligido al ver disminuirse, aniquilarse, la estatura, la forma y el volumen de los autores de mi existencia, cuyas facciones y fisonomías quedaban para mí desconocidas!

La última de las ocupaciones ostensibles de nuestros mayores era



19. Vestido con cuerpo de crochet para niña. (Véanse los núms. 20 y 41.) (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. III, figs. 15 á 17.)

la se matriculaba el gramático, por fórmula emprendía una carrera, por fórmula se graduaba, por fórmula tomaba el uniforme, por fórmula se embarcaba para América, de donde volvía sin saber que había antipodas y por fórmula, en fin, el mayor número de los hijos de familia se dedicaban á la profesion vitalicia de pretendientes en la corte, gastando, encaneciendo y meditando la guía de forasteros. Pero la profesion más formularia en trajes, usos y modales ha desaparecido como el nenúfar y plantas agáricas por el cultivo. Tales eran los abates, objetos de tonadillas de sainetes, de países de abanicos. El que quiera conocer á fondo las costumbres de aquel siglo, estudie á Cruz, Iglesias y otros autores del teatro de aquella época.

T.

LA MÁS DULCE BIENVENIDA.

VI.

FELICIDAD.

Un año había trascurrido.

¿Qué había sido de Humberto en este tiempo? Un año, plazo eterno para los que sufren lejos de la persona amada, más interminable aún si no tienen la esperanza de volver á su lado. ¡Oh, Dios mío! ¡qué horrorosa es la ausencia cuando no se ve el fin, cuando se carece de noticias de la persona amada.

Ya sabemos que huyó como un loco de su hogar, donde el amor y la dicha le sonreían en forma de una encantadora esposa amante y virtuosa y de un hechicero niño de pocos años.

Después buscó la muerte en la guerra; pero el ángel de la guarda extendió sus alas de púrpura y oro alrededor de él, y evitó que las balas enemigas cortaran el hilo de aquella vida tan necesaria aún en el mundo.

Humberto devoraba horrosos suplicios, más que nunca cuando se presentaba á su mente el cuadro perfumado y encantador de su pasada felicidad, y



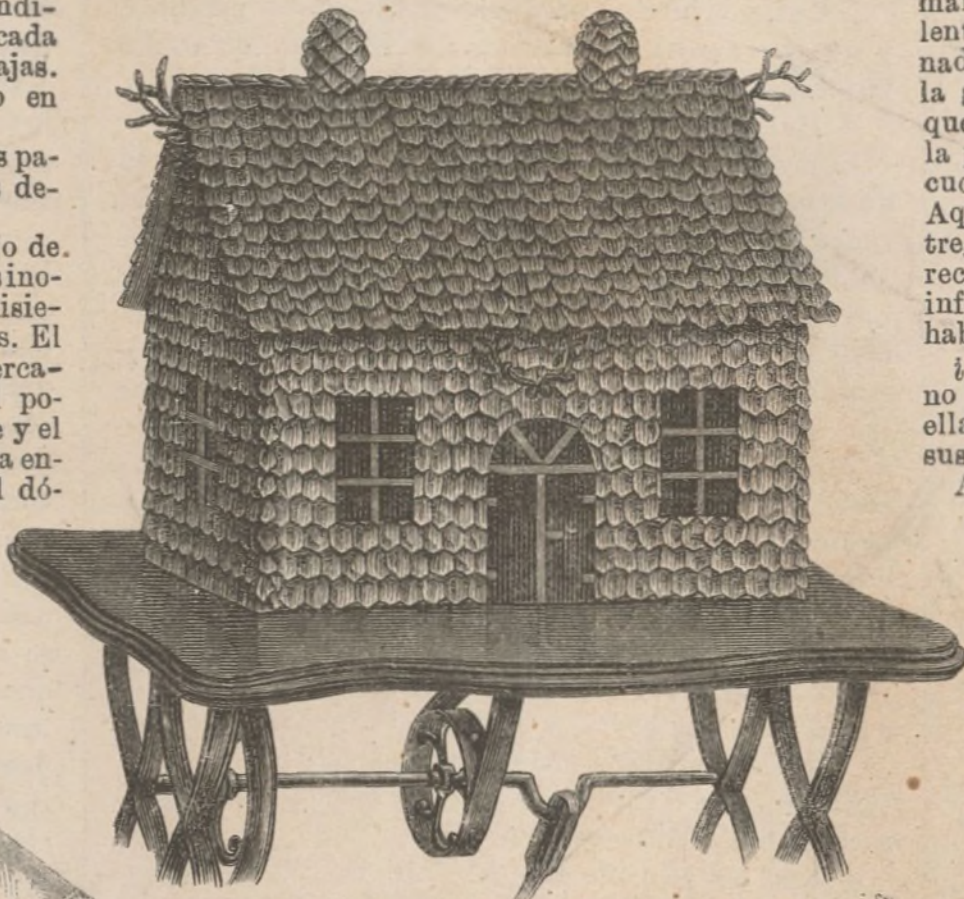
20. Fondo y cenefa para el cuerpo núm. 19.



15. Gorro para cazador. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XI, figs. 44 á 47.)



17. Cubierta para acerico. (Véase núm. 18.) (Adorno del centro: pliego del 18 por el derecho, fig. 34.)



22. Caja para máquina de coser. Mosáico de maderas.



16. Capota para niña. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. V, figs. 24 y 25.)

manos las cartas de Valentina. Hacía un año que nada sabía de ella, porque la guerra había impedido que las amorosas euitas de la pobre joven fuesen escuchadas por su esposo. Aquellos días había una tregua, y Humberto pudo recoger las cartas de la infeliz Valentina, que no había cesado de escribirle.

¿Qué importaba que él no le contestara? ¿podía ella dejar de comunicarle sus quejas?

Al ver Humberto la letra de Valentina, un dolor horrible oprimió su corazón.

—Será pidiéndome perdon, pensó, tal vez me llama á su lado al encontrarse abandonada y sola. No las leo, ¡Dios mío! ¡la seguridad de su falta me haría aún más enojosa mi doliente existencia!

Pero, maquinalmente, rasgó el sobre de una de ellas, y se presentó á sus ojos el blanco papel escrito por la delicada mano de Valentina.

Una emocion dulcísima inundó el corazón de Humberto. ¡Hacía tanto tiempo que no tenía noticias de aquella mujer constantemente amada, de aquella esposa á la que aún, á su pesar, creía pura y virtuosa, aunque le desgarraba el alma!

Estrechó en su mano aquella carta antes de leerla, é infindad de ilusiones acariciaban su mente calenturienta. Luego sin saber lo que hacía, la llevó á sus labios, imprimiendo en ella un ardiente beso.

Pero entonces la negra sospecha acudió á su mente, y murmuró:

—¿Quién sabe si habré besado la confirmacion de mi deshonor! y la leyó con avidez.

La fecha era del mes anterior.

«¡Humberto de mi alma! decía la infeliz Valentina, expresando toda la ternura que su amoroso corazón encerraba. En vano te escribo, porque nada me contestas.

¡Ay! ¿me rechazará? ¡será tan horrible mi desgracia! ¡no me amarás ya? ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿qué he hecho yo para merecer este castigo? ¡Y tú me desprecias, tú me abandonas? ¡Ah! ¡yo temo volverme loca! Debía resentirme contigo; pero ¡he de dejar de escribirte, si este es mi único consuelo!

«Me he trasladado á la quinta donde estuvimos recién casados, y aquí tus recuerdos hacen mi delicia y mi tormento; pero me pregunto: ¿por qué se ha ido? y

no creo, no puedo creer que tú dudes de mi amor, y me figuro que éste es un pretexto para alejarte de mí. ¡Ay! ¡es posible que hayas dudado tú de mi cariño? Piensa un poco, recuerda.



27. Tejido en bastidor para abrigos.

28. Tapete para mesa de juego. Labor de tapicería. (Dibujo: en uno de los números inmediatos.)

desde el principio de nuestras relaciones, las pruebas que de él te he dado... ¿Puede acaso dejar de demostrarse el amor? Tus palabras me martirizan. Hablas de nirme yo al que amo... ¡Dios mío! ¡qué horrible tormento has elegido para matarme! Pero no, ¡perdóname, Humberto mío! Te calumnio creyendo que deseas hacerme padecer... Tú sufrirás quizá como yo sufro. ¡Ah! ¡si es verdad que te has figurado que no te amo, en nombre de tu hijo, te suplico que vuelvas! ¡Vuelve, Humberto! yo te convenceré de que te engañas.

De lo demás de tu carta, no quiero hablarte, porque me lastima demasiado. Además sé que sólo fué exageración de tus sentimientos; sé que á tu imaginación no puede asomarse la sospecha de que tu Valentina tuviese que inclinarse ante ti la frente avergonzada. ¡Ah! tú me conoces demasiado bien para pensar eso. Tú tienes en el fondo de tu alma la persuasión de que te digo la verdad.

—¡Ay! ¡no desoigas, por Dios, mi ruego! Ven á mi lado, porque si no, yo iré adonde tú estás, y preguntaré por tí á todas las gentes, hasta que me conduzcan á tu presencia. No sólo que haré, Humberto, porque quiero verte, quiero no separarme nunca de tí. Deja esa carrera que me arrebató la dicha, y ven donde te espera ansiosa tu

Valentina.

La voz del amor sofocado por tanto tiempo en el corazón de Humberto, se alzó poderosa, y besó mil veces aquel papel. Luego devoró una tras otra las dos restantes cartas, una de las cuales era la primera cuyo contenido ya sabemos, y la otra se refería á lo mismo.

—¡Ah! ¡los celos me engañaban! exclamaba Humberto, ¡pobre ángel mío! ¡Tú me amas! El acento de la verdad se revela en tus pensamientos. No has dejado de escribirme á pesar de que yo no te contestaba; te has retirado al campo... ¡bien de mi vida! tienes razón. Tu alma candida y amante me ha dejado ver siempre tu amor. ¡Cómo he podido dudar de él, porque en sueños te oí pronunciar un nombre del que sin duda conservarías un vago recuerdo? Parece que una venda cae de mis ojos. Ahora comprendo que fui yo quien hizo que contrajerás esa amistad; ahora pienso de distinto modo que siempre, y me parece ver sólo en tí hacia él una predilección propia de tu carácter apasionado; ¡pero qué distinto es esto del amor que á mí me profesas! Si, tú me amas, necesito creerlo. Además, tú nunca has sido falsa; ¡podrías mentir, tú, más pura que el sueño de un pequeñuelo, más que las ilusiones de un adolescente? ¡Ah! volaré á tu lado. La verdad alumbra mi inteligencia de improviso. Ese Dios á quien tú invocas existe sin duda, y Él me devuelve la felicidad. Yo dejaré esta carrera que llamo odiosa, y pronto te estrecharé entre mis brazos.

VII.

LA MÁS DULCE BIENVENIDA.

Dos meses después, y en una noche hermosísima de Agosto, un airoso ginece galopaba por el camino real, dejando atrás la coronada villa.

Era Humberto de Almanzar.

Ya anocheaba cuando llegó á la quinta donde sabía que su esposa le esperaba.

La luna llena iluminaba la campiña, y la brisa era templada y agradable.

Humberto sentía una dicha extraordinaria, y la felicidad inundaba su alma.

Cuando descubrió el blanco y pintoresco pabellón rodeado de un jardín que tantos recuerdos encerraba para él, su corazón palpitaba violentamente. Se adelantó hacia la verja: estaba cerrada.

El conserje se paseaba á la placida luz de la luna.

—Abra usted, Anselmo, dijo Humberto con voz conmovida.

—¡Dios mío! exclamó el pobre hombre asombrado: ¡el señorito!

—Yo soy, asintió él.

—¿Usted? ¡Ah, señor, mi buen señor! gritó alborozado el doméstico. ¡Entre usted! ¡Qué alegre se pondrá la pobre señorita, que tanto lloraba sin consuelo! ¡Ay, mi querido señor! daba compasión verla tan triste, tan sola... Desde que usted se fué no ha visto á más personas que sus criadas y yo. Voy á anunciarle su regreso.

—No, no, objetó Humberto, que aún quería otra prueba. Voy á entrar por el jardín sin ser visto; quiero sorprenderla.

Y el joven, con el corazón palpitante de emoción, y lleno de dulcísima ternura, se deslizó por entre las flores, creyendo entrever á cada instante tras los frondosos árboles la aérea y vaporosa figura de su amada vagamente iluminada por el astro de la noche.

Pero al llegar á aquel sitio se convenció de su ilusión, y se acercaba á la puerta de un gabinete donde en tiempos más felices hacía labor Valentina.

De repente apareció ante sus ojos una figura infantil blanca y encantadora.

Humberto sintió una emoción extraordinaria. Se acercó al niño y lo atrajo hacia él, abrazándolo con frenesí.

—¿Quién es usted, caballero? murmuró el pequeñuelo, con inocente confiada curiosidad. ¿Por qué me abraza usted y me besa con amor? ¿Es usted acaso mi papá Humberto, ese que se fué y no vuelve aunque yo le llamo con tristeza?

—¿Y tú quién eres, hijo mío? preguntó Humberto enternecido.

—Yo soy Gabriel, contestó el niño con dulce ingenuidad.

—¿Y yo tu padre? exclamó el joven, sintiéndose desfallecer de alegría, ¡pero quién te enseñó mi nombre?

—Mamá, que me lo dice todos los días llorando.

—¿Hijo de mi alma! exclamó Humberto, volviendo á abrazarlo. ¡Bendito seas, hermoso niño! Tú me has dado la más dulce y halagüeña bienvenida!

Pero Gabriel se retiró de él, y corrió gritando:

—¡Mamá, mamá, aquí está mi papá Humberto; el que tú quieres tanto; ha vuelto; ven, mamá mía!

Un grito de júbilo y sorpresa sucedió á estas palabras, y una voz argentina y encantadora exclamó con acento impregnado de inexplicable pasión:

—¡Humberto!

El joven se sentía desfallecer, y tuvo que apoyarse en un árbol. Allí no había fingimiento ni hipocresía. Las rudas pero sencillas palabras del criado, las candidas frases del niño, aquel grito de apasionada alegría, y sobre todo su amada Valentina que apareció á poco extendiendo hacia él los brazos, no era una ilusión. Se presentaba á sus ojos la misma esposa tierna y amante que él abandonara. Él se figuraba en aquel momento que todo lo pasado había sido una horrible pesadilla, y no comprendía cómo alguna vez había creído que Valentina no le amaba. Al verla acercarse hacia él, vestida de negro, con sus rubios cabellos tendidos sobre la espalda, Humberto la creyó una aparición celestial. Sintió despertar en su alma todo el mundo de amor que aquella mujer le inspiraba; pero recordaba la ofensa que á su inocencia y á su amor había hecho, y exclamó confundido:

—¡Valentina, Valentina, perdóname!

Ella rodeó con sus brazos el cuello de su esposo, y gritó delirando y entusiasmada:

—¿Eres tú? ¡No me engañes! ¡Ah! bendito sea Dios, ¡Humberto de mi alma!

El la estrechó contra su corazón apasionadamente; y los dos creían experimentar un sueño de ventura que terminaría por desvanecerse. Valentina exclamó al fin:

—¡Ay! ¡cuánto he sufrido lejos de tu lado! ¡Volverás á abandonarme?

Humberto dudaba aún de la dicha que inundaba su alma. ¡Ah! no era aquella la esposa arrepentida de haber amado á otro, sino la amante que se sentía morir separada del objeto de su amor.

—¡Abandonarte, repitió, á tí, que eres mi vida...? jamás, jamás!

Y la condujo á un banco de piedra, alumbrado por los plateados rayos de la luna, diciéndola:

—¡Ven, amada mía! En este sitio, lleno para nosotros de dulcísimos recuerdos, quiero que me perdones.

—No, contestó ella. Sólo te ruego que no vuelvas á separarte de mi lado, y que seas amante padre para este pobre niño. Y tomando de la mano á Gabriel, que jugaba tranquilamente cerca de ellos, le acercó á Humberto, que los confundió á los dos en un estrecho abrazo.

Y el joven sentía descender á su alma la más pura dicha. Necesitaba haber expuesto á su mujer á tan rigurosa prueba para que la confianza se albergase por completo en su corazón. La fe iluminaba su alma, perdida hasta entonces en las tinieblas de la incredulidad. Recordaba lo que Valentina le hablaba de Dios en otros tiempos; se decía que una criatura tan perfecta solo por un Dios podía ser formada, y pensaba que tan nobles y puros sentimientos eran los frutos de la religión consoladora y santa que profesaba Valentina.

Y el ángel de la felicidad extendía sus alas sonrosadas sobre la cabeza de los enamorados esposos, al mismo tiempo que la diosa de la noche, la melancólica Diana, detenía su plateado carro iluminando aquel grupo encantador, y contemplando con tristeza aquella dulcísima ventura que á ella, por el sueño eterno á que está condenado su amado Endimión, no le es dado disfrutar.

AURORA MARÍA PEREZ Y ABELA,

Madrid 13 de Junio de 1877.

MERCEDES.

BOCETO DE UNA NOVELA.

I.

... salgo hoy 14, de modo que me tendrás ahí mañana; cuida que todo esté pronto, porque quiero embarcarme en seguida. No te olvides que deseo libros

de todas clases y música de Héctor Berlioz. Adios; mañana tendrá el placer de conocerte, tu tía

Mercedes.

Así terminaba la carta que acababa de leer Eduardo y que además estaba fechada en... no importa en dónde; era en un pueblo pequeño del interior, y Eduardo vivía en un puerto de mar.

Debe saberse que este Eduardo es un joven de 19 años, alto, de buena presencia, ojos vivísimos y penetrante mirada, que anima cuando es tranquila y que sabe revelar de una manera admirable los sentimientos que dominan su alma. Ha seguido una carrera del Estado con poco común aprovechamiento; y huérfano un año hace, de sus modestas rentas y de su profesión vive con holgura, porque no es ni disipador ni calavera; juicioso y reflexivo al asiduo trabajo y al constante estudio desde sus primeros años con afán dedicado, adquirió la madurez de un viejo, y sus vastos conocimientos le han dado ya un nombre honroso. Tiene solamente una manía excesivamente rara; no le parece bien ninguna mujer, y sobre todo su tía Mercedes, á quien muy pronto va á conocer.

Conviene advertir que Mercedes es la hermana más joven de la madre de nuestro Eduardo, soltera todavía, y que, según á su sobrino decía, por complacer á una anciana parienta se embarcaba para América.

—Mi buena tía, pensó el joven luego que la carta hubo leído, suele encargarme de unas comisiones muy raras, como de mujer. Libros de todas clases, música nada menos que de Berlioz; decididamente, hay chocheos dignos de celebrarse. ¡Si querrá á sus años, mi vieja tía, estudiar numismática y corcheas, geografía y contrapunto? Busque V. libros para que se entretenga; y en cuanto á música, perdona, pobre Berlioz, á la sacrilega que tu nombre y tus obras intenta profanar.

Por este camino iba Eduardo, sin pensar que el tiempo ni espera por el instante que ha de venir, ni del que pasó se cuida, cuando le anunciaron la visita del conde M., que debió extrañarle bastante, porque á las cinco de la tarde no solía visitarle. Iba el viejo conde, por Mercedes comisionado, para anunciarle que en la noche anterior, después del pueblo de B., había volcado la diligencia, y que con mucho trabajo había podido llegar á S., en donde se encontraba detenida hasta que Eduardo llegase en su busca.

—La tía de V., dijo el conde, no duda que al momento se pondrá en camino, venciendo siquiera una vez sola esa extraña antipatía que tan sin razón le inspira á V. la mujer. Espera, añadió, que por esta vez dejará V. á un lado las pueriles preocupaciones y los quehaceres habituales, siguiéndome al momento, pues que el tiempo apremia y el vapor pudiera hacerse á la mar antes de la venida de Mercedes, que por nada quisiera quedarse en tierra. Interpretando sin duda vuestros deseos, he traído ya un coche que ha de conducirnos allá y que á la puerta espera; no hay tiempo que perder; venga V.

Es tal la prontitud con que el conde dice esto, que Eduardo ni tiempo tiene para contestarle; déjase conducir hasta el coche y parte con el conde para S*.

II.

Lo que más hermosea el rostro de la mujer, aquello que le da vida y expresión, son, sin duda, los ojos; su luz, brillante unas veces como la del sol, tenue otras cual la dulce claridad de la luna, derrama siempre en el alma del sexo feo tales torrentes de amoroso sentimiento, que el hombre, fuerte por naturaleza, doblega lleno de júbilo su cabeza ante el amor del sexo que ha nacido débil por condición.

A cualquiera que hubiese encontrado la celestial mirada de Mercedes Vallejo, tened por seguro que, si bien en mayor escala, le hubiera sucedido esto, se hubiera sentido subyugado ante aquella mirada dulcísima y llena de encantos, se hubiera rendido al primer destello de unos ojos tan azules como ese cielo que en el lejano horizonte se toca con el mar. Sueltas las madejas de oro de sus cabellos, forman con la nivea tez y las rosadas mejillas un contraste tan superior como el de los haces de luz que en un cielo de grana y ópalo emite el sol sobre la tersa superficie de las aguas. Y si luego se une á estas perfecciones un tallo esbelto, diminuto pié y linda mano, y añadimos un labio rojo que esconde preciosas perlas, tendremos la imagen pálida de Mercedes, que ha nacido tan sólo dos años antes que Eduardo. Está además dotada de un dulcísimo carácter, posee gran viveza de ingenio (según tendrán ocasión de ver mis simpáticas lectoras, si por acaso este boceto las tiene); pero lo que dá más encanto á esta mujer preciosa, es sin duda su delicada voz, cuyo timbre es de tal manera grato y deja una impresión tal en quien la oye, que asemeja—y voy á valerme de una comparación de Lamartine—el sonido de las perlas al caer en un vaso de plata.

Huérfana también Mercedes, casi al mismo tiempo que Eduardo, tiene por tutor al viejo conde de M., antiguo compañero y amigo íntimo de su padre. Vive en la casa paterna, que nadie ha podido hacerle abandonar, con su nodriza que la trata como si propia hija fuera.

La educación de la joven tía de nuestro Eduardo ha sido la más esmerada y completa; posee cuantos conocimientos son indispensables á la que un día ha de llamarse con el dulce nombre de madre, y además conoce dos idiomas, dibuja, pinta, y sobre todo, toca de una manera inimitable el piano y el arpa. La música es su pasión, ¡cuántas veces en la soledad de su retiro se han humedecido sus ojos, y una lágrima rodó silenciosa por su mejilla al interpretar alguno de los más preciosos pasajes de Bethoven, y cuántas otras rizó sus puros labios encantadora sonrisa, á impulso de la juguetona musa que inspiró á Rossini su *Barbero*!

Dadas las admirables perfecciones de Mercedes, su carácter bondadoso y tan sencillo como el del niño que comienza á balbucear algunas palabras, de ella pudiera decirse lo que Larmig decía de Débora:

Es un ángel bajado de la altura
Que tan sólo al bajar perdió las alas.

III.

La escena pasa en la posada del pueblo de S*. Á la opaca luz de un antiguo velon de cuatro mecheros (encendido tan sólo uno), colocado sobre pintada mesa de pino, podemos ver una habitación pequeña, casi cuadrada, y cuyo ajuar está formado por la mesa dicha, seis sillas de paja, un viejo armario y un catre.

El conde y Eduardo entran, éste arroja su sombrero sobre una silla, coje otra, la acerca á la mesa y se sienta muy mal humorado, apoyando un codo cerca del velon y haciendo descansar su cabeza sobre la palma de la mano; el conde, entre tanto, se pasea sin que ni uno ni otro turben el completo silencio que en la estancia reina.

—Ya lo ve V., dice al fin Eduardo, se marchó sin detenerse un momento á esperarme, á su sobrino; al fin y al cabo mujer, y sobre mujer, vieja; ahí tiene V., conde, la razón de mi aversión á las mujeres, todas son así, frívolas, inconstantes; dicen una cosa y hacen otra, quieren emprender un viaje ó algun trabajo, y no forman ni plan, ni método; ¿quiere V. más prueba que lo hecho por mi vieja tía? Sin darme tiempo siquiera para llegar, marcharse en compañía de un matrimonio que con ella venía del pueblo, y también va á América, y ni aun ir por la carretera, sino con el sólo objeto de no encontrarme, caminar por un atajo aunque sea peor camino.

—No tiene V. razón para quejarse de esa manera; hemos llegado muy tarde, y no era fácil que Mercedes presumiera que V. vendría; es ya muy entrada la noche, y si llegase tarde no encontraría bote que la condujese á bordo, en donde tiene que dormir, puesto que el vapor ha de llevar anclas muy de madrugada. Además, ha dejado á V. una carta que la justifica.

—Entonces debió equivocarse al poner fecha de ayer á su carta, ó la mandó al correo cuando ya no llegase.

—Me parece eso mismo.

—Ya se conoce que es mujer; créame V., conde, para equivocaciones no hay como el bello sexo. Quiera Dios que nunca llegue á querer á una mujer, que nunca me enamore, Dios mío; debe ser un estado muy semejante á la locura, ¿no es cierto, conde?

—No señor. Yo, por mi parte, creo muy feliz, el más feliz de los seres, al hombre enamorado.

Eduardo, V. que es tan instruido, que tanto estudia y que sabe bastante, ¿no ha sentido V. nunca dentro de su alma un vacío tan inmenso que jamás la ciencia ha podido llenar? ¿no ha sentido V., artista por naturaleza, una aspiración vaga del infinito, una esperanza incierta pero gratísima, no alimentó en su pensamiento una hermosa ilusión de color de rosa?

Yo que soy ya un viejo, cuyo corazón ha enfiado la nieve de mis años, he de darle á V. lecciones de sentimiento, he de decirle lo que es amor y lo que es estar enamorado; ¿no es verdad que cualquiera que nos oyese diría que es muy raro que un anciano hable de amor á un joven de diez y nueve años que pretende tener el corazón muerto?

—Conde, dijo levantándose Eduardo, debe V. haber sido muy sensible en su juventud; quizá los recuerdos de sus amorosas conquistas le harán hablar así.

—Amigo mío, se equivoca V. mucho, primero he querido ser sacerdote, y lo hubiera sido si mi buena madre hubiese consentido, y luego he tenido á las mujeres más antipatía que V., porque yo huía de ellas, las odiaba, faltaba á las más elementales reglas de la galantería y juraba no casarme nunca; pero caí en seguida, Eduardo, me casé, y, aun cuando Dios no se ha dignado concederme hijo alguno, he vivido y vivo bastante feliz.

—Pero yo no soy como V.; jamás me dejaré dominar

por ningún sentimiento, tengo suficiente hielo en mi cabeza para apagar, si necesario fuese, el fuego del corazón, y aún éste está también harto frío de suyo.

Del modo que V. han hablado ya muchos amigos; me presentaron en reuniones á donde iban nuestras más elegantes y hermosas jóvenes; me hicieron discutir, quisieron que bailase, y nada. Ya lo ve V., conde, estuve junto al fuego y no me quemé; ¿seré yo invulnerable á esos encantos que todos, ó casi todos, encuentran en la mujer? Así es que me convenceré de todo lo que se quiera, consentiré en cuanto se desee, ménos en casarme ni enamorarme; yo mando en mi corazón, y si alguna vez quiere latir de otro modo que hoy late, ya sabré atarle corto.

—Veo que es V. más intransigente de lo que yo creía; pero, así y todo, ya caerá, y bien pronto. Todos hemos dicho poco más ó ménos lo mismo, y al fin y al cabo, como yo me casé, lo hicieron aquellos que más repugnaban el matrimonio.

Eduardo, que se había separado de la mesa para pasear con el conde, vuelve á ella porque ha visto un sobre encima, acércase, y ve que es para él; le abre y encuentra un retrato de mujer con esta dedicatoria: "Para mi único sobrino Eduardo, Mercedes."

Júzguese cuál sería el asombro del joven, al ver que su tía no era una vieja rara, que colocaba las gafas en la punta de la nariz y que pasaba todo el día regañando con los criados ó haciendo caricias á un gato negro, que en su regazo tuviera constantemente preparado el lecho.

—Venga V., conde, dijo, todo asombrado; ¿conoce V. á mi tía Mercedes?

—Vaya si la conozco; tiene V. un magnífico retrato de ella, ese que tanto le admira.

—¿Luego no es vieja? ¿Luego no es la rara figura que yo creía. ¿Pero es esta en verdad, ó todo es una chanza? Decídmelo, por Dios, conde amigo, ¿cuántos años tiene? ¿Está parecida: ¿Es tal como en el retrato parece?

—Tantas preguntas me hace V. á un tiempo, que no sé cómo le he de contestar. Mercedes tiene veintinueve años; si es bonita ó fea, el retrato, que tiene con el original un perfecto parecido, se lo dirá á V., y en cuanto á si la conozco, yo soy su tutor.

—¿Usted su tutor? Pues no me había dicho nada; bien es verdad que debí suponerlo al momento; V. era el más íntimo amigo de su padre, mi abuelo materno. Y diga V., ¿sabe Mercedes, mi joven tía, música?

—Interpreta á Berlioz sobre todo, de una manera magistral.

—Corramos pronto, conde, corramos; son todavía las once y quizá llegaremos en cuatro ó cinco horas; quisiera, por mera curiosidad tan sólo, conocer á esta mujer, que debe ser hermosísima.

—Como V. no ha visto otra, Eduardo; pero cualquiera diría que el retrato de su tía le ha hecho á V. alguna impresión; ¿qué sería, amigo mío, si se hubiese V. encontrado el original?

—No vaya V. á creer, conde... no, soy invulnerable; pero, vamos, no hay tiempo que perder: dése V. prisa, conde.

Y medio arrastrando llévase al buen viejo hasta el coche. Sin embargo, por más que procuraron ir de prisa, llegaron media hora después de la salida del vapor.

(Se continuará.)

JOSÉ RODRIGUEZ-MOURELO.

EL FINAL DE LUCÍA DE LAMERMOOR.

Todo el mundo admira el final de ese bellísimo drama lírico, que llamamos *Lucía*; todos los tenores le cantan con entusiasmo; todos los aficionados le eligen con preferencia; siempre es aplaudido, siempre deseamos oírle repetir; es célebre, popular, sublime, y no hay un solo organillo que no le cuente en el número de piezas de su repertorio.

Pocas personas saben las circunstancias extrañas que concurrieron en la composición de ese inimitable quejido de dolor.

Vamos á referirlas.

Donizetti habitaba en Nápoles, en la calle Nardona, que desemboca en la gran arteria de la de Toledo.

Una noche se hallaba en su salón jugando á las cartas con Virginia Donizetti, su mujer, Persico, el barítono Cosselli y el tenor Duprez. Estos dos últimos debían crear, en el teatro de San Carlos, los papeles de Aston y de Edgardo.

El maestro padecía entonces una de esas jaquecas, tan frecuentes en él, que le hacían la vida insostenible. Luchaba con los primeros síntomas del mal, para que, al verlo padecer, no le obligaran á guardar cama sus amigos; pero éstos conocieron su palidez de su semblante, en la turbación de su vista y en las faltas que cometía en

el juego, que el célebre compositor era víctima de un fuerte ataque. Virginia le suplicó que se acostase. Donizetti se resistió, pero al fin cedió, subyugado por la fuerza del sufrimiento.

Había pasado media hora. Todos le creían dormido, cuando oyeron un violento campanillazo; Virginia Donizetti acudió con presteza.

—Tráeme corriendo una luz y papel de música, pero pronto, por Dios,—exclamó Donizetti.

—¿Qué locura!—le respondió su mujer.—¿Vas á trabajar en ese estado? Eso sería matarte, y de ningún modo lo consentiré.

El enfermo insistió; su esposa continuaba resistiéndose, hasta que Donizetti dijo con un tono imperativo, que no daba lugar á réplica:

—Quiero una luz y papel de música. Haz lo que te mando, y déjame solo.

La pobre mujer obedeció llorando.

Pasó otra media hora, y se oyó otra vez la campanilla. Entonces llamaba el maestro para que apagasen la luz y corrieran las cortinas de la cama.

—¿Qué has escrito?—preguntó Virginia con timidez.

—El aria final para el tenor de *Lucía*. Mañana veremos qué tal ha salido.

La señora Donizetti refirió en el salón lo que había dicho su marido.

Duprez hizo un gesto de disgusto.

—De modo,—murmuró el tenor,—que sobre mí ha descargado el mal humor de la jaqueca. ¡También es desgracia la mía, que haya elegido tal momento para ocuparse de la situación capital de la obra! Es imposible que haya salido bien.

Y luego añadió en voz alta:

—Permitidme, señora, que venga mañana temprano á ver lo que me interesa casi tanto como á vuestro marido.

Volvió, en efecto, á la mañana siguiente, y al oír el trozo final se le arrasaron los ojos de lágrimas. Duprez quedó mudo, maravillado, bendiciendo quizá la jaqueca del maestro. La primera noche que cantó en el teatro el final de la *Lucía*, le ahogaba el llanto de la conmoción, y aquellas lágrimas se mezclaban también con las notas musicales, que el público aplaudía con delirio.

Otro pormenor no ménos interesante todavía. Al aproximarse la Noche Buena, va á Nápoles gran número de *sampognari* con los pastores de Calabria y de los Abruzzos, que se dirigen á la capital con su zampoña y su *chiraniella* (especie de gaita) á buscar la novena del Niño Jesus. Dos de esos músicos ambulantes se pusieron á tocar junto á la casa de Donizetti.

El maestro escuchaba y parecía embebecido en aquellos extraños acordes. Sus amigos le preguntaron en tono de burla:

—¿Vais á utilizar algunos de esos cantos?

—¿Y por qué no?—respondió.—Voy á servirme de uno de ellos, y más pronto de lo que pensais.

Así lo hizo en la *stretta* memorable del dúo de amor del primer acto.

Verranno á te su l'aure
y miei sospiri ardenti.

Donizetti encontró una perla en un lugar inmundo, como el gallo de la fábula; pero más dichoso y más hábil, supo sacar provecho del hallazgo, y engarzó la joya en la corona de una reina, ó por mejor decir, en la diadema de una musa.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

OBRAS DE DOÑA ÁNGELA GRASSI

que se hallan de venta en esta Administración.

Las riquezas del alma; obra premiada por la Academia Española. Dos tomos, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

La gota de agua; obra premiada por aclamación en el concurso Jesus Rodríguez Cao. Un tomo, 4 rs.

El que no siembra no coge; novela de costumbres: 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Poesías; un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

El copo de nieve; un tomo, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

Marina; un tomo, 8 reales en Madrid y 10 en provincias.

El primer año de matrimonio; un tomo, 5 rs.

VARIEDADES.

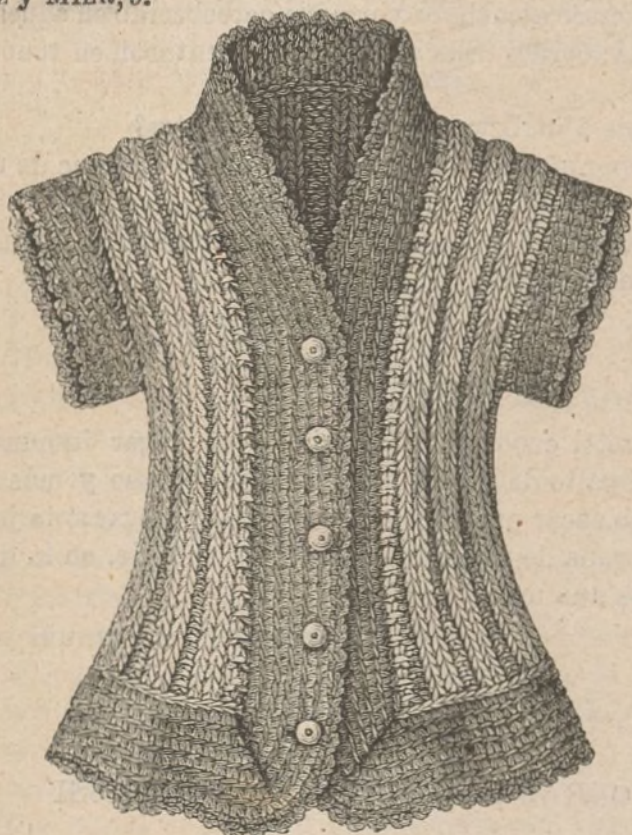
Se ha repartido el número segundo de *La Ilustración Venatoria*, que se publica en Madrid, en 24 columnas de gran folio, de bella edición, con magníficos grabados de caza y pesca. Cuesta en Madrid como en provincias, 6 pesetas el trimestre, 12 el semestre y 24 al año. Pero se alcanza una considerable rebaja si se hace el pedido directamente a la Administración (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid), enviando al mismo tiempo 20 pe-



33. Peinador princesa. (Véase los núms. 34 y 35.) (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. I, figs. 1 a 5.)

Comunero, Una Venganza y Pero-Gil.

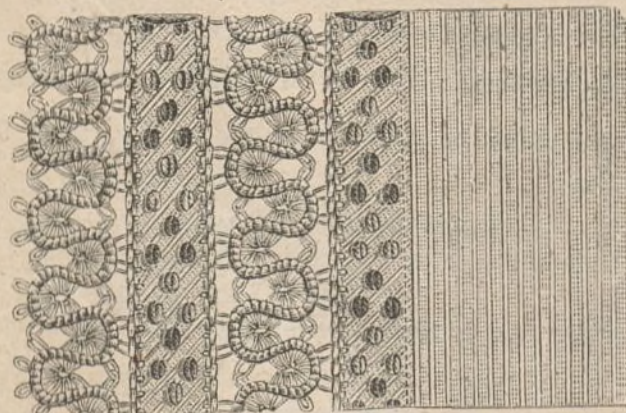
El conocido nombre del autor nos dispensa de calificar su nuevo libro, que se halla de venta en las principales librerías, y en el almacén de música de D. José Campo, Espoz y Mina, 9.



39. Cuerpo de abrigo para señora. (Véase el núm. 40.) Labor de punto.

Impresiones de un viaje a Andalucía con S. M. el rey D. Alfonso XII, por D. Inocencio Esperanzas.

Así se titula un bien escrito e impreso libro, en que su autor ha sabido referir con el lenguaje animado y pintoresco, propio de los hijos del Mediodía de nuestro país, pues andaluz es el autor, y aunque él no lo dijera,



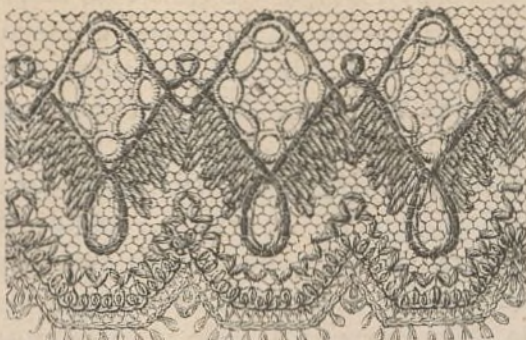
37. Dibujo para el cuello núm. 36.



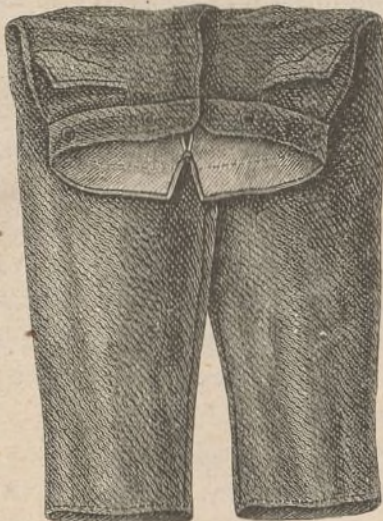
30. Chaqueta para niño. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XV, figs. 62 a 63.)

setas en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, pues así se obtiene la suscripción por un año.

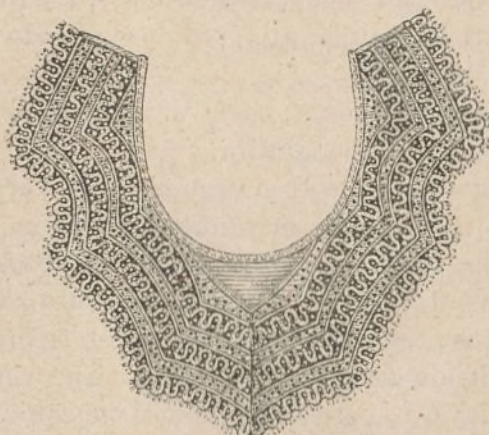
Hemos recibido el tomo tercero de los *Dramas Viricos* de D. Mariano Capdepon, que contienen: *Raquel, El*



29. Puntilla para la relojera núm. 9.



32. Pantalón para niño. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XV, fig. 59.)



36. Cuello para niño. (Véase los núms. 37 y 38. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. VIII, fig. 31.)



31. Chaleco para niño. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XV, figs. 62 a 63.)

de forma princesa por atrás, está realzado en el centro hasta el bajo de la cola por un fruncido de tul blanco, sobre el cual parece abrirse; lazadas de cinta sujetan el vuelo en el bajo por delante, el cuerpo se prolonga en aldetas cortas y una media túnica abierta ori-

lo demostraría desde las primeras líneas; ha sabido referir, íbamos diciendo, las circunstancias y pormenores del viaje de S. M. a las provincias marítimas, acompañado del Sr. Presidente del Consejo y ministro de Marina.

Su precio es 5 pesetas en las principales librerías, cantidad bien escasa teniendo en cuenta el recreo que proporcionará a los lectores.

EXPLICACION del figurin 1299.

FIG. 1.ª

— *Traje de baile.* —

Consiste

en un tras-

parente

rosa cu-

bierto de

draperías

bullona-

das de ga-

sa lisa ó

tul de ilu-

sion blan-

co y rosa.

El cuerpo,

de forma

princesa

por atrás,

está

realzado

en el cen-

tro hasta

el bajo

de la cola

por un frun-

cido de

tul blanco,

sobre el cual

parece

abrirse;

lazadas de

cinta

sujetan el

vuelo en el

bajo

por delan-

te, el cuerpo

se

prolonga

en aldetas

cortas y una

media

túnica

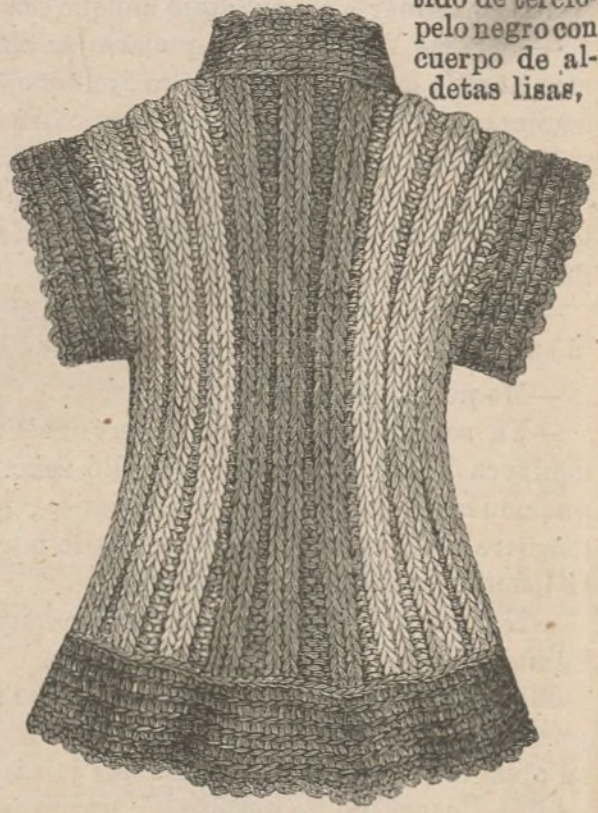
abierto ori-



34. Peinador princesa. (Véase el núm. 35.) (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. I, figs. 1 a 8.)

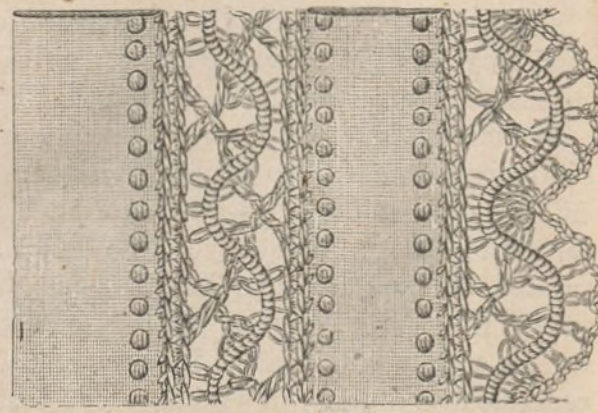
llada de una ruche escarolada. Un plisé de gasa circuye la cola princesa. Margaritas en el peinado; rano de margaritas en la mano; guantes blancos; pulseras de oro.

FIG. 2.ª — *Traje de recepción ó soiré para señora casada.* — Vestido de terciopelo negro con cuerpo de aldetas lisas,



40. Espalda del núm. 39.

viveadas de gros-grain. El delantal de la falda está atravesado por draperías de gros-grain, faya ó raso, adornadas con flecos y perlas. El manto-cola va orillado de plumas negras sembradas de perlas. Mangas correspondientes a las draperías. Prendido de encaje negro con camelia natural. Gola, mangas y corbata de encaje blanco con lazo encarnado.



38. Dibujo para el cuello núm. 36.



41. Espalda del cuerpo núm. 19, para niña. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. III, figs. 15 a 17.)

Las Sras. Suscriptoras a la 1.ª Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1299.

Editor-propietario, Carlos Grassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administración: Montera, 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid